

Juan Felipe Leal

3. Comentario a la ponencia de Sergio Bagú

Por lo común, la tarea del comentarista suele ser ingrata. Consiste, en efecto, en verificar la lógica interna de un discurso científico, o bien, en comprobar la validez de las hipótesis del mismo, partiendo, por lo general, de premisas distintas de las que lo animan. Mi comentario no contiene ni lo uno ni lo otro.

Ello es así por dos razones. En primer término, por afinidad o, si se quiere, complicidad con el pensamiento del ponente, y, en segundo lugar, porque la naturaleza teórica y, por ende, general de su conferencia impone un esfuerzo ineludible de reflexión, teórica e historiográfica, a la vez.

Mi reflexión, teórica e historiográfica, sobre la temática cubierta en la ponencia que hemos escuchado, "Problemas metodológicos de la periodificación", arranca de los nudos centrales, tan hábilmente expuestos por Bagú. Mis señalamientos son de dos tipos; a saber: a) consideraciones generales acerca de las posiciones teóricas y epistemológicas sobre las que reposa cualquier empeño de periodificación, y b) consideraciones específicas sobre la temática central de este Coloquio, esto es, la periodificación de la historia de México en los siglos XIX y XX.

El hilo conductor del discurso de Don Sergio consiste en el encuentro, aún tierno, entre la historia y las ciencias sociales; las ciencias sociales y la historia. Este punto me parece digno de ser remarcado, pues, a mi juicio, nos permite asir firmemente las profundas transformaciones ocurridas en el cultivo y en la explotación de la historia y de las ciencias sociales en la América Latina, de diez años a la fecha.

Ciertamente, en el último tiempo parece haber cobrado vigencia una tendencia del pensamiento científico que sostiene, que la comprensión de la realidad actual —del acontecer que fluye por la vía de estructuras más o menos apuntaladas— no es posible de lograr sin la posesión de una visión histórica, real y concreta, de los mismos acontecimientos. Esta tendencia muestra dos vertientes.

Ya en los años sesenta, los historiadores, tan hechos a agrupar y clasificar hechos históricos similares —con base en criterios las más de las veces supraestructurales—, descubren que el conocimiento —así sea éste superficial— de la economía, la demografía, la sociología, la ciencia política, la antropología y la arqueología —disciplinas, todas ellas, de más reciente florecimiento, pero acostumbradas al manejo de sistemas y concatenaciones causales, de modelos teóricos, de hipótesis de interpretación, de estructuras, en una palabra y no

sólo de tipologías y de clasificaciones o agrupamientos carentes de referencias causales—, les ilumina de manera extraordinaria la detección de los encadenamientos necesarios, existentes entre los fenómenos que antes sólo se ocupaban de agrupar por similitud o disimilitud, en razón de criterios, como ya se ha dicho, supraestructurales.

Por esos mismos años, los economistas, demógrafos, sociólogos, científicos políticos, antropólogos y arqueólogos, caen en la cuenta de que sus modelos estructurales —sin el necesario referente histórico— carecen de la capacidad para dar razón de los parámetros dentro de los cuales operan o podrían operar. Se trata, entonces, del cambio de los sistemas y no sólo del cambio en los sistemas. Para ellos, el conocimiento de los hechos históricos —por superficial que éste sea— se convierte en una fuente insospechada de sugerencias, vinculadas con el cambio, con la permanencia y el cambio.

En esta encrucijada se confluye, en uno y otro caso, en la naturaleza de la periodificación y de su teoría.

Pero la problemática a la que nos remite Bagú es mucho más vasta, profunda y significativa. Reflexionemos por un momento sobre otro de los nudos centrales de su ponencia, que se ensarta claramente en el hilo de conducción antes mencionado. Cito:

En la cultura occidental, la teoría de la periodificación en el siglo XIX está alimentada por el evolucionismo y la idea del progreso.

La escuela histórico-económica alemana. La oposición feudalismo/libertad-progreso en Francia. El darwinismo social con Spencer. Marx Engels y la macroperiodificación de toda la historia de la humanidad. Las etapas de progreso ineluctable según la imagen universal del eurocentrismo: del salvajismo a la democracia industrial o el socialismo.

Esto indica varios puntos. Uno, que cualquier periodificación tiene una teoría; que los periodos, las fases, sus estructuras y mecanismos no pueden ser comprendidos, obviamente, sin una adecuada referencia teórica. Dos, que las cosmovisiones, los sistemas de pensamiento, las elaboraciones teóricas con las que estamos familiarizados, se hallan inspiradas por el evolucionismo y la idea del progreso —y, agregaría yo— no sólo en el siglo pasado sino aun en el siglo que corre. Como es claro, esta realidad atañe, además del pensamiento científico, a la condición material de nuestro tiempo; por lo menos, desde el inicio de la primera revolución industrial, o, si se quiere, desde la “expansión de Occidente”. Un “Occidente” que se ha vuelto universal, perdiendo, con ello, su connotación original. Tres, que las cosmovisiones que la humanidad tuvo en el pasado y las que presumiblemente tenga en el futuro, no se han encuadrado o se habrán de encuadrar, necesariamente, dentro de las coordenadas aludidas.

Curiosamente, han sido los poetas quienes han llamado la atención, de manera muy particular, sobre ello. Piénsese, por caso, en Octavio Paz; nótese que me refiero a él como poeta, quien, en *Corriente Alterna* (México, Siglo

XXI Editores, 1967) nos habla del tiempo lineal, del tiempo circular, del tiempo en progresión, etcétera. Piénsese en otro plano, en el Informe del Club de Roma sobre el Predicamento de la Humanidad, publicado con el título de *Los límites del crecimiento* (México, F. C. E., 1972); obra que, desde premisas que no comparto, plantea, sin embargo las fronteras posibles de un progreso ilimitado.

Lo cierto es que nos encontramos, de alguna manera, cautivos en nuestras propias cosmovisiones; lo cual nos dificulta pensar fuera de nuestro tiempo. Aquí subraya Bagú un hecho crucial, motivo de reflexión y autoconciencia, al que muy difícilmente puede encontrársele una alternativa inmediata de trascendencia.

Sin subestimar la dimensión teórica de estas cuestiones, Bagú parece sugerirnos que las elaboraciones teóricas verdaderamente válidas y actuales, no encuentran su forma acabada —como en el pasado—, con partir de la teoría, moverse exclusivamente en la teoría, y derivar en la construcción de una nueva teoría; o bien, con acumular datos empíricos, ordenarlos y clasificarlos con base en lo aparente, y proponer una nueva interpretación.

En efecto, por estar al servicio de la comprensión de realidades histórico-concretas sobre las que se pretende actuar, los proyectos teóricos más auténticos terminan por romper con el estrecho marco sincrónico del que partieron, para permitir la introducción del análisis diacrónico, y, con él, de la historia. Dentro del mismo orden de ideas, el empirismo y el positivismo realmente inquisitivos, terminan por abrirse a la causalidad histórica.

Quisiera ser más concreto: el autor de la ponencia se preocupó, muy inteligentemente, por encuadrar el nudo de las confluencias existentes entre la realidad histórica observada y la realidad histórica por describir. De esta suerte encontró Bagú, en el terreno teórico, algunas proposiciones susceptibles de ser cargadas de significado histórico-específico. Estas proposiciones, hipótesis, intuiciones o ideas —como ustedes gusten llamarlas—, que por comodidad denominaremos “operativas”, son, en mi opinión, el resultado de un primer esfuerzo de aproximación, concreta y reflexionada, a la realidad histórica que se pretende interpretar; configurándose, entonces, como elementos organizadores de la misma realidad histórica analizada.

Esta realidad histórica no es otra que la del paso de una lógica a otra lógica, que es, como todos sabemos, de difícil comprensión; entre otras razones, por el sinnúmero de criterios que para la interpretación de la historia nos ofrece. Se trata, de los “pasos previos; de la formulación de algunos problemas sustantivos sobre la naturaleza de la periodificación y de su teoría”, en términos del propio Bagú.

Veamos en concreto cuáles son algunas de estas proposiciones “operativas”:

- a) el fluir es estructurado;
- b) la estructura es fluida;
- c) hay periodos que estructuran a la historia de la humanidad;

d) hay formas organizativas en la historia humana, que no corresponden necesariamente a periodos y que hay que saber distinguir de éstos;

e) el curso histórico es historia;

f) el estudio de la historia es historiografía;

g) la historiografía es, en sí misma, un fenómeno histórico, siempre determinado;

h) la historiografía está animada —implícita o explícitamente— por corrientes teóricas y epistemológicas;

i) las distintas corrientes teóricas y epistemológicas, vigentes en un momento dado, se valen de criterios diversos para interpretar la historia; para elaborar sus periodificaciones;

j) hay, en nuestro tiempo, sistemas de pensamiento que hacen referencia a las estructuras para establecer periodificaciones;

k) hay, hoy en día, sistemas de pensamiento, o bien, posiciones empiristas o positivistas, que hacen referencia a las super-estructuras para establecer periodificaciones;

l) toda periodificación apunta hacia la causalidad, la causalidad suele ser múltiple, y, las periodificaciones, por ende, también; y, ello, aun dentro de un mismo encuadramiento teórico-metodológico;

m) el trabajo de periodificar suele tener un objetivo inmediato; hallar las rupturas organizativas a lo largo del proceso histórico, y otro, mediano, avanzar en la comprensión de la génesis de las macroestructuras económico-sociales, así como de su naturaleza última, en cuanto dinámica organizativa.

Con esto, creo que ha llegado el momento de abandonar el nivel teórico y epistemológico, que nos ha entregado algunos elementos de reflexión, para pasar a consideraciones más específicas sobre la temática central de este Coloquio.

¿Cómo se vinculan las aseveraciones anteriores con la periodificación de la historia de México en los siglos XIX y XX?

Si me es permitido identificar al elemento que distingue —con sus naturales excepciones— a la historiografía mexicana de los siglos XIX y XX, diría que éste consiste en la ausencia de un vínculo expreso y sistemático entre los distintos cuerpos teóricos, que en su momento han orientado a los estudiosos del curso histórico, y los criterios que éstos han seleccionado para el establecimiento de sus periodificaciones.

Otro elemento que salta a la vista en cualquier revisión atenta de la historiografía mexicana de los años que nos ocupan, es el del predominio de los criterios super-estructurales en la delimitación de los periodos. Así, han sido ciertos hechos políticos, ciertos hechos de armas, cierto curso del pensamiento o de las ideas, los que han servido de parte-aguas, para marcar los distintos estadios de la vida nacional.

Es motivo de reflexión el que ésta sea, quizá, la primera ocasión en la que se plantea abordar los problemas de la periodificación de la historia de Mé-

xico de una manera frontal y abarcadora. Por eso mismo, no deberá sorprendernos que al término de este Coloquio permanezcamos con la impresión de estar envueltos por una gran confusión. Con todo —y hablando *pro domo mea*—, diré para concluir, que los ponentes y los comentaristas que en él tomamos parte, habremos de recoger, sistematizar y —en lo posible— superar una confusión preexistente. Muchas gracias.